

Relevo en el Santuario de N^a S^a del Pueyo
Despedida de los Misioneros Claretianos
y recibimiento de los Misioneros del Verbo Encarnado

(El Pueyo, 30-VIII-09)

«Virgen del Pueyo, concédenos unos dignos servidores para ti». Esta fue la súplica que confiadamente, aunque con el corazón oprimido por la dificultad de encontrar personas consagradas para atender el Santuario, no he dejado de rezar desde que el P. Provincial de los Misioneros Claretianos me anuncio, en el mes de mayo del año pasado, que su Congregación dejaba el Santuario del Pueyo de forma irrevocable.

A todos nos conmovió esta noticia, que durante un tiempo mantuve en secreto. Y muchos fuisteis los que, una vez descubierta la noticia en el mes de septiembre, compartisteis conmigo la preocupación y os unisteis en la oración. Gracias a todos por vuestro apoyo y por vuestra oración. Gracias, particularmente, a la Asociación de los Amigos del Pueyo, que ha estado tan activa en todo este proceso.

La Virgen me ha ido llevando de la mano, como a un niño pequeño abrumado por la dificultad, hasta llegar a los monjes del Instituto de los Misioneros del Verbo Encarnado. Se ha servido para conducirme a ellos de varios Obispos con los que compartí la preocupación y a los que pedí ayuda y de algunos sacerdotes.

En septiembre del año pasado entablé contacto con ellos. Precisamente con el P. Provincial, P. Fernando Vicchi, aquí presente. Sin que me dijera que sí, intuí que iban a ser ellos quienes vinieran a servir a la Virgen en este Santuario del Pueyo tan querido por todos nosotros. Mi confianza en la Virgen era total. Y después de esta experiencia es todavía mayor.

Saludo con el corazón agradecido a los Misioneros Claretianos por el amor que durante estos 47 años han demostrado a la Virgen y por la acogida que siempre han tenido para todos los que nos hemos acercado hasta el Santuario. Habéis sido unos dignos servidores. Vuestro corazón abierto y acogedor ha hecho que todos consideremos el Pueyo como algo nuestro, como nuestra casa; tanto los de Barbastro y el Somontano como los que llegan de otros lugares distantes. «Así es», me decía hace pocos días el P. Juan. ¡Gracias de corazón!

Saludo, como lo hiciera el ángel Gabriel a María, a los Misioneros del Verbo Encarnado, que, como María, han dicho sí a la llamada que Dios les ha hecho por medio de este Obispo en nombre de toda la comunidad diocesana.

Hoy estamos alegres, contentos, agradecidos. Por eso cantamos con el *Magnificat* como María: *se alegra nuestro espíritu en Dios, nuestro salvador, porque ha mirado la pequeñez de esta iglesia que peregrina en esta diócesis de Barbastro-Monzón.*

Él nos ha auxiliado siendo misericordioso con todos nosotros al darnos el regalo de estos monjes, que con su carisma nos van a acercar a María y nos van a hacer disponibles para aceptar siempre la voluntad de Dios en todas las circunstancias de nuestra vida porque somos descendencia de Abraham.

Espero que sean muchos los que nos feliciten porque el Poderoso, rico en misericordia, ha hecho obras grandes con nosotros al regalarnos a estos servidores de la Virgen, los monjes del Verbo Encarnado, en un lugar tan emblemático como es este monte santo del Pueyo.

Espero que seamos muchos los que nos postremos a los pies de la Virgen y recibamos en nuestro corazón por medio de estos monjes el amor conmovedor de la Madre, que nos transmite el amor del Cristo, el Verbo Encarnado. Si acudimos a la Virgen ella nos llevará a Jesús, Jesús nos llevará al Padre y con la fuerza del Espíritu nos sentiremos enviados para comunicar al mundo lo que éste más necesita: amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio de nosotros mismos; los frutos del Espíritu Santo.

Deseo que en este monte santo del Pueyo, al igual que Moisés en el Sinaí, nos descalcemos porque estamos en un lugar sagrado. Dejemos todo aquello que nos obstaculiza para seguir la llamada de Dios: la ambición de poseer, de consumir sin medida, de aparentar..., el egoísmo, el ruido...

Para oír la voz de Dios, además de desprendernos de muchas cosas, hace falta hacer silencio como Moisés, como María, y estar con los oídos interiores atentos al susurro del paso de Dios y a su palabra que siempre nos invita a colaborar con Él en la construcción de un mundo mejor. Seréis hombres de palabra si sois hombres de silencio, de oración, de trato íntimo con Dios.

Considero muy acertadas las palabras que dice Sören Kirkegaard: «En el estado actual del mundo, la vida entera está enferma. Si yo fuera médico y alguien me pidiera un remedio respondería: “crea silencio, lleva al hombre al silencio”».

Este mundo, harto de tanta palabra, tiene necesidad de pocas palabras, pero que sean palabras cargadas de vida, palabras amasadas en el silencio. Sin silencio decimos muchas cosas, pero nuestras palabras no dicen nada, se niegan a hablar. El silencio es el espacio donde madura la verdad. La madurez está en proporción directa con el silencio, así como la inmadurez se puede medir con el ruido.

Queridos monjes del Verbo Encarnado, haced de este monte un lugar de silencio y de oración. Vivid con alegría vuestra vida contemplativa. Que la gente que acuda a ese Santuario os vea postrados adorando al señor en la Eucaristía como lo hacía el santo Cura de Ars, patrono de los párrocos, cuyo año jubilar estamos celebrando.

De muchos sitios acudían a Ars para hablar, confesarse, consultar a Juan María Vianney y todos sabían donde lo iban a encontrar: en la iglesia parroquial. Espero confiadamente que vuestra austeridad de vida, vuestra vida contemplativa, vuestra santidad, atraiga a muchas personas que hoy están buscando espacios de silencio y soledad, y encuentren en vosotros el acompañamiento apropiado para orientarles en sus problemas, dudas y búsquedas.

Cada vez son más los que tienen necesidad de encontrar el sentido de la vida y personas que les ayuden en esta búsqueda. Estoy convencido que vais a ser un regalo para esta Diócesis y para todo Aragón. La Iglesia de Barbastro-Monzón ofrece con gozo a todos, creyentes y no creyentes, la posibilidad de encontrar un espacio y unas personas que les ayuden a serenar su vida y a encontrar caminos válidos para hacer una sociedad con menos ruidos y menos palabras, pero con más sentido y mayor paz y felicidad.

Estoy convencido que, con vuestra presencia y con vuestro carisma de amor a la Santísima Virgen y prolongando la encarnación del Hijo de Dios, ofreceremos un buen servicio a todos los que lo necesiten y quieran beneficiarse.

Que todos los que pasen por la cercana autovía, al ver este monte santo del Pueyo, descubran a la Virgen y sepan que tiene unos servidores que acogen en su nombre a todos los que quieran descansar del activismo y de la dureza de la vida. El

Señor reservaba también para sus apóstoles momentos de soledad y silencio cuando se veían tan abrumados por la gente que no tenían tiempo ni para comer: «venid a un lugar solitario para descansar un poco», les dijo en cierta ocasión el Señor.

Desde esta altura privilegiada contemplaréis muchos pueblos y sus habitantes. Os pido que alarguéis vuestra mirada a todos los pueblos de la Diócesis y los miréis con la mirada maternal de la Virgen del Pueyo. Interceded por todos ellos.

Que no falte en vuestra oración la súplica por los sacerdotes, por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada y por las vocaciones laicales al servicio del mundo. Rezad por la familia, fundamento de la sociedad, para que sea en este mundo, un tanto convulso, expresión del amor, la comunión y la relación que vive la Familia Trinitaria.

Que Jesucristo, el Verbo Encarnado, os conceda por medio de María, su madre y madre nuestra, vivir en profundidad vuestro carisma para que seáis siempre un regalo para Barbastro y su Somontano, y para toda la Iglesia de esta querida diócesis de Barbastro- Monzón.